

RESEÑAS DE LIBROS

EDUARDO HILL-LUCIANO TOMASSINI (compiladores), *América Latina y el Nuevo Orden Internacional*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, 297 pp.

El Nuevo Orden Económico Internacional nació con mala fortuna. Primero porque el nombre mismo de esta plataforma de y para reformas globales del sistema internacional fue un desacierto. No sólo recuerda el “nuevo orden” que los nazis pretendieron establecer en Europa y, después, en el mundo; tiene, por añadidura, una connotación positivista que glorifica la estabilidad a pesar de su carácter presumiblemente revolucionario y acaso utópico.

En segundo lugar, esta solicitud de reordenamiento casi planetario se encuadró en un marco recesivo, proteccionista y conservador en lo que respecta a los países industriales; en cuanto a los del Tercer Mundo, aparentemente fue estimulada por la “crisis de energía” y por el robustecimiento de la cooperación horizontal. Las naciones ricas no estaban entonces dispuestas a absorber cambios fundamentales que podrían complicar el retroceso interno; y los países pobres pero petroleros no lograron cristalizar usos productivos con el reciclaje financiero que se produjo en la década pasada. Antes al contrario, desplazaron sus activos líquidos hacia las naciones consumidoras y provocaron, probablemente sin quererlo, el desquiciamiento de los indigentes carentes de crudo. En este marco, las instancias al Nuevo Orden empezaron a perder legitimidad.

Finalmente, el propio Tercer Mundo —sujeto y objeto del Nuevo Orden— apenas era una abstracción, un deslinde apremiado más por razones tácticas que por la homogeneidad histórica y básica de los países que lo componían. En muchos casos, por lo demás, no estaban dispuestos a poner en práctica *internamente* lo que reclamaban a los sistemas económicamente avanzados. Hubo aquí un doblez que no se pudo ocultar en el largo plazo.

Estas observaciones no pretenden cancelar la validez de las demandas que se articulan en el Nuevo Orden ni la necesidad de materializarlas. Insinúan simplemente contradicciones internas que no fueron debidamente contempladas. Más todavía, he encontrado que el Nuevo Orden podría ser asimilado casi sin dificultades por las naciones ricas de Occidente, puesto que su genealogía intelectual les pertenece y porque pueden permitirse la flexibilidad.¹ En contraste, la adopción genuina del Nuevo Orden tropezaría, en las naciones subdesarrolladas, con escollos culturales y políticos acaso insalvables.

La antología de Hill y Tomassini tiene la virtud de encarar este embrollo. No se evapora con frases hechas ni se escapa con lemas imposibles. Es un

¹ Véase mi trabajo *The Intellectual Roots of the New International Economic Order*, Tel Aviv University, septiembre, 1982.

escrito honesto. Podría decirse —adelantando mi crítica— que le falta un hilo conductor; que los autores han tocado temas dispares sin referirse al fundamental; que cada trabajo es un monólogo que apenas se atreve a rozar al vecino. Se ha practicado en este texto una diplomacia impertinente, pues (por ejemplo) le resulta obvio al lector que el concepto de “naciones de clase media” —como serían las latinoamericanas— no goza de consenso y, sin embargo, los autores no entran en polémica. Parecen ignorar que las ideas reclaman diálogo y hasta combate.

Los escritos que componen esta obra son el producto de un Seminario organizado por la Corporación de Promoción Universitaria (CPU) y el Programa de Estudios Conjuntos sobre las Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL), que contó con los auspicios de la Fundación Konrad Adenauer. Este encuentro fue apremiado por la convicción de que América Latina había permanecido relativamente pasiva en las conversaciones globales sobre el Nuevo Orden (NOEI), a pesar de los empeños de la CEPAL, de CECLA (p. X), y, podría agregarse, de la Carta de Derechos y Deberes en donde se percibe con claridad el pensamiento regional, especialmente de Raúl Prebisch. Para superar esta pasividad, los compiladores se plantean preguntas provocativas en el prólogo, que es una de las mejores piezas del libro.

Como se sabe, el NOEI es un programa general (acaso excesivamente general) dirigido a promover reformas en la propiedad y control de los recursos naturales, en el establecimiento de precios justos (concepto medieval que no tiene cabida en ninguna teoría económica) de las materias primas, el acceso a los mercados de países industrializados, el traspaso de recursos financieros, y la regulación de la conducta de las multinacionales. Este programa ambicioso constituyó la columna vertebral de todas las reuniones mundiales (y de los discursos respectivos) que se celebraron en la última década. A fuerza de estéril repetición, los temas se devaluaron. Y sin embargo, la Reunión de Cancún (octubre 1981) pretendió insuflarles vida, con resultados tangibles modestos.

Los compiladores ponen en duda la viabilidad actual del NOEI (p. 5) a menos que se le hagan reformas fundamentales. Reconocen que este programa contradice el liberalismo económico prevaleciente (p. 7), pero dejan de percibir que este liberalismo ya no es tan liberal y que el NOEI, en varios países, podría entrar en colisión con el liberalismo político.

¿Cuáles son las opciones? Tres principalmente: una social-democracia global; una segregación selectiva (*delinking*), y un regreso derrotista a la añeja división del trabajo (p. 8). Hill y Tomassini no se pronuncian, pero parecen sugerir que nadie puede fugarse de las interdependencias con el sistema industrial y que deben buscarse áreas de interés común con este sistema. Un compromiso realista.

Jaguaribe se refiere a la “hegemonía céntrica” e intenta precisar bajo qué condiciones podría materializar su conocido concepto de viabilidad nacional. Recuerda una vez más la primacía regional del Brasil (p. 19) en el contexto latinoamericano, a pesar de las penetraciones geopolíticas y culturales (p. 38) que el “régimen interimperial” impone. Jaguaribe habla, con propiedad equívoca, del sistema intraimperial americano (sic) (p. 43), e incluso considera a Arabia Saudita un “estado moderno” (p. 44). Opino que su argumento es algo forzado. En todo caso, se percibe claramente que Jaguaribe

cree en una convergencia fundamental de las grandes potencias y que sólo algunos países periféricos (entre ellos Brasil y Nigeria) podrían preservar la autonomía relativa. El resto vería en tela de juicio la viabilidad nacional. El autor brasileño apenas se refiere al Nuevo Orden; se trata más bien de un ejercicio impresionístico sobre las directrices reales que estarían guiando la estratificación internacional. El Nuevo Orden parece no interesarle o lo considera "no viable" en su matriz teórica.

Sunkel y Fuenzalida hacen un análisis excelente de la transnacionalización, tratando de conciliar a los neomarxistas con los trabajos de Nye. Piensan que es útil distinguir entre un "centro" y una "periferia", a pesar de que la literatura al respecto viene oponiendo reservas a este deslinde ingenuo. En la sociedad moderna se habría producido una "expansión mundial del capitalismo oligopólico tecnoindustrial" (p. 50) que pone en jaque al Estado-Nación (p. 60). La dependencia es un derivado de esa transnacionalización, así como la naturaleza represiva del Estado (p. 60). Sunkel y Fuenzalida no indican de qué Estado están hablando y cómo se suscita la represión. Sin embargo, es una pieza de análisis encomiable. Tampoco se puede encontrar aquí algo claro sobre el NOEL.

Aldo Ferrer alude a la crisis del sistema trilateral y sus consecuencias en América Latina. Señala —con bases— que el comercio de los países miembros de la oecd está aumentando continuamente, hasta constituir más de la mitad de las corrientes de bienes y servicios (p. 76). En realidad, en los ochenta la magnitud llega a dos tercios. Se ha producido así una nueva división del trabajo dentro de la tradicional realidad apenas vislumbrada por algunos economistas e internacionalistas. En paralelo, ha declinado la importancia de la periferia; sólo aporta 20 por ciento del comercio global (p. 77). Sin embargo, Ferrer sostiene que este sistema se encuentra en crisis monetaria y real (p. 83), mas no da razones de peso. Pues es cierto que se ha verificado una recesión en estos países, pero sus instrumentos de recuperación no deben ser subestimados. Ferrer concluye que el diálogo Norte-Sur no es la solución (p. 101); que hay que encontrarla en otro lugar (p. 104); pero no especifica dónde y cómo.

El resto de los autores (Orrego, Pérez Llana, Iglesias, González y Lavados) hace hincapié en la perspectiva latinoamericana, con apuntes apenas provocativos. Orrego, en particular, se concentra en el concepto de América Latina como "clase media", e impone al análisis categorías que pertenecen a la lucha de clases más que a las relaciones entre países. Se trata de un reduccionismo impertinente. Los países no son clases pues carecen de la homogeneidad necesaria a menos que una tiranía la apremie. Aun como metáfora es discutible su valor. Iglesias pone énfasis en las contribuciones intelectuales de la CEPAL en la conformación del NOEL e insiste en que hoy América Latina estaría en mejores condiciones de defenderse de la hostilidad ambiental. González se detiene en los problemas del estrangulamiento externo, tema tradicional de las discusiones regionales, y tiene el valor de reconocer que los ensayos de integración encaran retos tal vez insuperables (p. 214). Lavados llama a la cooperación internacional, incluso entre entidades privadas (p. 297). Llamado que nos hace regresar al nivel de los debates que estaban de moda después de la Segunda Guerra.

En suma, la antología de Hill y Tomassini es instructiva y atendida. Ha tratado de superar frases triviales y lemas gastados sobre el Nuevo Orden,

presentando aportes de la reflexión latinoamericana a este asunto central. Algunos autores decepcionan; tocan otros temas sin concitar provocaciones interesantes; y falta, como ya se dijo, el diálogo, la cópula intelectual. Muchos de los artículos son monólogos que tienen interés intrínseco. Pero el lector inteligente sabrá encontrar los hilos conductores que potencialmente están en el texto.

JOSEPH HODARA
El Colegio de México

STEPHEN M. GORMAN (ed.), *Post-Revolutionary Peru. The Politics of Transformation*. Boulder, Colorado: Westview Press, c1982. xix + 252 pp.

Existe la tendencia generalizada a considerar a los regímenes militares perniciosos *per se*; de esta manera, es frecuente encontrar acres críticas que excluyen toda posibilidad de ponderación objetiva de tales regímenes. Todas las críticas tienen su fundamento primario en la ilegitimidad del ascenso al poder de los militares, pues en la mayoría de los casos se trata de imposiciones inducidas, o bien, de imposiciones violentas o "golpes de Estado".

El primer ensayo, cuyo autor es el propio Gorman, nos pone ya en la pista que debemos seguir para analizar el régimen militar peruano con sus casi doce años de duración —desde octubre de 1968, hasta julio de 1980—; haciendo caso omiso de las etiquetas que suelen colocarse al régimen peruano de esos años, y que van desde las que llaman "revolución", la "supuesta revolución", hasta las que lo denominan simplemente "dictadura militar", existe un hecho irrefutable: los programas y reformas de las fuerzas armadas durante ese período alteraron profundamente a la sociedad peruana. Este estudio de Gorman es el más general y sirve de introducción a los ocho que le siguen. Algo que cabe destacar es que, pese a la diversidad de puntos de vista que expresan los diferentes autores, el libro conserva la unidad fundamental que le confiere la objetividad en el tratamiento del tema.

Gorman afirma que la intervención de los militares en la política peruana es de alguna manera, única en la política latinoamericana en general y en la historia peruana en particular.

Tal vez una de las características más distintivas del régimen peruano es que el programa político que adoptó, y que fue articulado por los sectores progresistas de una emergente clase media, tuvo alcances generales; así, las fuerzas armadas no gobernaron como representantes de una clase social específica.

El docenio —o sea, los doce años del régimen militar— es dividido en dos fases: la primera corresponde a la presidencia de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) y es considerada como una etapa plenamente reformista. La segunda fase queda expresada por la presidencia de Francisco Morales Bermúdez (1975-1980), y a diferencia de la anterior, tiene una connotación más reaccionaria.

A decir de Gorman, se pueden identificar cuatro objetivos globales que orientaron la acción de los militares después de 1968, a saber: la justicia social, que al combinar algunas enseñanzas católicas, resultaba muy semejante